



ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA del CIELO

Año VIII

Nº 12

13-ENE-2018

LA IGLESIA SE PRESENTA EN LA HISTORIA ANTE TODO COMO RELACIÓN CON CRISTO VIVO (12 y último)

Cualquier otra reflexión, es consecuencia de esta actitud original. Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, describe el cuadro de un grupo de personas que ha seguido existiendo como comunidad desde los días de la vida terrena de Jesús en el período pospascual.



Tras la muerte y resurrección de Jesús el cuadro que se extrae de los documentos es el de un grupo que se refuerza y adquiere consistencia. Para aquellos hombres, la única enseñanza que no podía ponerse en cuestión era que el Maestro estaba presente, que Jesús estaba vivo y esto es exactamente lo que nos han transmitido: el testimonio de un Hombre presente, vivo. Los discípulos, nos advierten que Dios no ha venido al mundo para ser recordado vagamente en una memoria abstracta del tiempo: Cristo sigue en la historia, en la vida del hombre, personal y realmente, con el rostro histórico y vivo de la comunidad cristiana, de la Iglesia.

Con su testimonio aquellos primeros discípulos, nos transmiten que Dios no bajó a la tierra un instante. Dios vino al mundo para quedarse en el mundo: Cristo es el Emmanuel, Dios con nosotros. En los Hechos de los Apóstoles se entra en contacto con una convicción cierta de esta presencia. Se nos dice de inmediato que «Después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios».

Son la traducción en hechos de la expresión «Dios con nosotros». Hay por tanto una continuidad verdaderamente fisiológica entre Cristo y este primer núcleo de la Iglesia, y así es como este pequeño grupo de personas comienza su andadura por el mundo: dando continuidad a la vida del hombre Cristo, presente y actuante en medio de ellos.

Este no es el retrato de un grupo que haya sabido reorganizarse hábilmente tras unos golpes de fortuna adversa, sino el de un grupo que no se ha disuelto porque la causa de su unidad no les ha abandonado nunca.

Para ellos Jesús es alguien de cuya presencia y operatividad se da testimonio, según las palabras de Pedro que de nuevo recogen los Hechos de los Apóstoles: «A éste, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos al Pueblo, y que diésemos testimonio de que Él está constituido por Dios juez de vivos y muertos».

Para la tradición cristiana primitiva Jesús no es principalmente un personaje del pasado, sino el Señor presente en la comunidad, con su voluntad y con su palabra; es en verdad el Maestro de Nazaret, de Galilea, pero es al mismo tiempo el resucitado, el portador de la salvación.

La Iglesia se siente a sí misma como la comunidad de Jesús, el Mesías, por su abandono a Él, vivo y presente entre ellos, tal como lo había prometido: «YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DÍAS HASTA EL FIN DEL MUNDO». Y haciendo esto se adherían verdaderamente a lo que les había enseñado, a saber: que su obra no era una doctrina, ni una inspiración para llevar una vida más justa, sino Él mismo, enviado por el Padre como compañía para el camino del hombre.

«El cristiano es ante todo uno que cree en la resurrección de Cristo, lo cual significa que Cristo vive, que nosotros podemos unirnos a Él viviendo actualmente, y que esta unión es la meta de nuestra vida. La resurrección de Cristo significa además que Jesucristo no es sólo el fundador de la Iglesia, sino que permanece en ella como cabeza invisible pero activa.

LA IGLESIA ENTONCES ERA Y ES:

1.- Una realidad comunitaria sociológicamente identificable: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hechos de los Apóstoles).

2.- La comunidad invadida por una «Fuerza de lo alto» Se ve en los documentos iniciales que la realidad de Cristo viviente envolvía su vida, asumiéndola en la suya propia y convirtiéndola en el misterio de una compañía trabada y unitaria.

3.- Un nuevo tipo de vida: Sin desdeñar ni eludir la felicidad posible, aquí, en este mundo, que Dios también quiere para los hombres, pero atentos y fieles a las enseñanzas de Jesús, y al fin último del hombre que es la Vida Eterna en Dios, con Jesús.

Textos tomados de «Curso Básico de Cristianismo», de Luigi Giussani